



## XXVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO\*

**“¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios! Para los hombres imposible, pero no para Dios, porque para Dios todo es posible”**

*Luis Fernando Crespo*

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

**Lecturas:** Sabiduría 7,7-11; Hebreos 4,12-13; Marcos 10,17-30

El relato del encuentro y del diálogo de Jesús con un hombre rico nos resulta bien conocido y, no por eso menos cuestionador y desafiante. Lo fue para los discípulos, que escuchaban y seguían a Jesús por los caminos de Galilea. Comenta el evangelista: “quedaron sorprendidos al oírle”. Y cuando Jesús trató de aclararles, “ellos se asombraron aún más y se decían unos a otros: “Y ¿quién podrá salvarse?”.

Tengo la impresión de que, en nuestra sociedad, ávida de enriquecimiento, de éxito y de poder, nos resulta aún más difícil la asimilación de estas propuestas de Jesús. En respuesta a esa resistencia mostrada por los discípulos, él no disimula, ni reduce la dificultad, la sitúa en su verdadera dimensión. El punto de vista de los hombres sobre la riqueza, y en general sobre el sentido de la vida en común, no es el de Dios. Si nos convertimos a su manera de ver, no es que las dificultades se vuelvan fáciles, pero sí posibles de superar, “porque todo es posible para Dios”. Se trata de dos maneras, según Jesús, absolutamente contrapuestas, de dar sentido a la vida. Ya en otra ocasión lo había formulado tajantemente: “No pueden servir a Dios y al Dinero” (Mt. 6,24).

Las dos primeras lecturas vienen a ayudarnos. El libro de la Sabiduría, último libro del Primer Testamento, escrito hacia la segunda mitad del siglo I a.c., atribuye al sabio rey Salomón pensamientos que recogen la sabiduría acumulada en la religiosidad del pueblo judío. La sabiduría no es sinónimo de erudición y ciencia, significa más bien saber -y saborear- el vivir bien, “la vida buena”, como lo valoran las diversas culturas. Es “como luz” que ilumina y permite valorar adecuadamente los diversos bienes y tareas de la vida, como “la salud y la belleza”, como la educación y la convivencia entre las personas y con la naturaleza, la “casa común”. Es don de Dios que se suplica y, cuando se recibe,

---

\* Ciclo A

el sabio afirma que “la preferí a cetros y tronos y en su comparación tuve en nada la riqueza”. Este saber vivir hace reconocer y estimar los bienes que nos llegan y disfrutarlos como bienes recibidos, administrándolos sabiamente en orden al bien común, más que afanarnos por poseerlos y acumularlos egoístamente.

La segunda lectura, de la Carta a los Hebreos, podríamos decir que nos presenta “la Palabra de Dios” como portadora de esa sabiduría que, “más cortante que espada de doble filo”, penetra hasta lo más profundo de la persona, “discierne sentimientos y pensamientos del corazón”. Pone al descubierto intenciones y proyectos, los confronta y orienta hacia nuevos horizontes. Esa Palabra de Dios -“viva y eficaz”- la reconocemos encarnada en el hombre Jesús de Nazaret, “el que no se avergüenza de llamarnos hermanos” (Heb. 2,11), en sus palabras y acciones, su “práctica”. Leer y escuchar la proclamación del evangelio implica dejar penetrar su palabra, como espada en lo más profundo de nuestro ser. Como espada hiere, pone al descubierto, hace brotar capacidades y horizontes insospechados. Desafía nuestra libertad para discernir lo que conduce al seguimiento de Jesús, o lo que nos mantiene en nuestros viejos pasos.

Algo así acontece al hombre aquel, que “corrió a su encuentro”, impulsado por inquietudes de “vida eterna”. Un buen judío que pudo responder: “todo eso (los mandamientos) lo he guardado desde mi juventud”. Uno puede hoy preguntarse ¿qué podía tener en la cabeza ese hombre al pretender “tener en herencia vida eterna”? Jesús quedó sorprendido muy positivamente por su respuesta, “le amó y le dijo: ‘Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme’. Si se fijan bien, Jesús no le ofrece “vida eterna”, sino que lo llama al “seguimiento”, en esta vida. No necesita, como al parecer el hombre pensaba, “hacer” más cosas, cumplir mandamientos más exigentes. Más bien, se trata de quedar más libre de sus afanes y apegos –“tenía muchos bienes”- para emprender otro camino, el del seguimiento de Jesús. Necesitaba salir de sí mismo –el apego a sus muchos bienes-, para abrir los ojos y el corazón a su entorno, “a los pobres”. El desprendimiento y la solidaridad le asegurarán “un tesoro en el cielo”, que al parecer era lo que buscaba.

Jesús, “la espada de doble filo”, tiene otra propuesta más fascinante. Se la propone con amor y entusiasmo. Lo anterior era sólo una limpieza liberadora de anteriores afanes y ataduras. El nuevo horizonte es seguir a Jesús y su evangelio, requiere ser libre para asumir su proyecto del Reino de Dios, la humanidad fraterna, justa y feliz, la que anticipaba en sus curaciones, en sus comidas abiertas sin discriminaciones, en la acogida sin prejuicios a mujeres, niños y pecadores, y en su anuncio de Dios como “Padre nuestro”. El hombre no descubrió en la invitación de Jesús “la Buena Nueva”, que superaba, desbordando sus expectativas, su inquietud religiosa. “Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes”. Jesús, seguramente también triste y decepcionado, se lamenta ante los discípulos: “¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el reino de Dios!”. Lo subraya a los desconcertados discípulos con una hipérbole, una exageración intencionada para hacer entender la dificultad: la del camello y la aguja: “¡Hijos –la única

vez que en el evangelio de Marcos se dirige a los discípulos con esa expresión tan cargada de ternura y comprensión- qué difícil es entrar en el Reino Dios!”.

A la pregunta, -un tanto decepcionada y a la vez demandante- de Pedro, que expresaba de alguna manera la teología de los premios y castigos del Primer Testamento, Jesús responde con gran generosidad –“el ciento por uno, ahora”–, pero no es lo verdaderamente importante. Lo que Jesús ofrece, pero que el hombre rico no supo descubrir y valorar es: “en el mundo venidero, vida eterna”

El Primer Testamento veía la riqueza como una bendición de Dios y sólo se pedía al rico que diera limosna al pobre. Es verdad que los profetas, como Amós, ya habían denunciado que la pobreza de los pobres no era algo natural, sino que tenía su explicación en la riqueza injusta de los ricos. Jesús avanza más: “de los pobres es el Reino de Dios” (Lc, 6,20). Para entrar en el Reino de Dios hay que dejar de ser rico, de vivir como rico, de dar la espalda a los pobres; hay que compartir solidariamente y buscar la justicia. Eso lo entendió bien otro rico, el publicano Zaqueo, que también “corrió” para encontrarse con Jesús (Lc.19,1-10), y es lo que trataron de vivir los primeros cristianos (Hech.4,32.34-35). Jesús no da fórmulas o procesos concretos, pero es bien claro en la propuesta. Ante la escandalosa y creciente desigualdad en la humanidad, ante el terco desentendimiento frente al hambre en el mundo, ante el empobrecimiento de una buena parte de la población en nuestro país, las palabras de Jesús deberían herir nuestra conciencia como “espada de doble filo” y sacudir nuestro conformismo e indolencia, tanto personal como social. Tenemos una gran capacidad para esquivar esa palabra/espada que nos reclama desde “el clamor de los pobres y el clamor de la tierra”, enfrascándonos en otras discusiones que nos distraen de lo verdaderamente urgente.

Concluía Jesús con un alentador y esperanzado: “Para Dios todo es posible” y lo creemos. Pero este Dios nuestro se empeña en no imponer, sino en respetar los lentos procesos de la libertad humana, incluso cuando resisten a su propuesta. Llama a “conversión”, más que a sometimiento. Confía en la responsabilidad histórica de los creyentes y de la comunidad eclesial, “sacramento de salvación”, nos encomienda la tarea de proseguir, con testimonios y acciones concretas de solidaridad y justicia, el llamado a hacer de nuestra humanidad, tan desigual e insolidaria, una humanidad fraterna, equitativa y justa. Es lo que reclamaba Juan XXIII un mes antes del Concilio. “Una Iglesia de los pobres”, lo que fue tomando forma en la Iglesia de América Latina como “opción preferencial por los pobres” y que Benedicto XVI en Aparecida confirmó que “está implícita en la fe cristológica”. La fórmula respondía a lo que muchas comunidades cristianas ya trataban de vivir. Este tiempo post-pandemia, en el que se han acentuado la pobreza y la desigualdad, no hace sino urgirnos a tomar decisiones más firmes y testimonios más audaces, a emprender propuestas de nuevas maneras de organizarnos como sociedad, más centradas en la sobriedad personal, en la justicia social y en la solidaridad que asuma decididamente la causa de las personas y poblaciones más débiles y olvidadas.

La lectura termina con un diálogo entre los discípulos y Jesús. Ellos le hacen notar: “nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”. Él responde valorándolo y hasta

prometiéndoles una abundante recompensa “el ciento por uno”, pero advirtiéndoles, no sin cierta ironía para que no se hagan ilusiones de una generosa compensación cuantitativa, “con persecuciones”, tensiones e incomprensiones. Si lo han dejado “por mí y por el Evangelio”, la gran recompensa consistirá en una mayor identificación con la persona de Jesús y su proyecto ya desde ahora. Su proyecto -lo ha hecho notar ya dos veces y lo hará una tercera- pasa por la cruz, pero se cumple pleno en la resurrección. Por eso añade: “y, en el mundo venidero, vida eterna”, plenitud, realizada por Dios, de lo mejor de nuestras aspiraciones y trabajos.